

- Peter Edel, joven artista de Berlín; sus pinceles y herramientas gráficas fueron enviados a Sachsenhausen.
- Max Groen, cámara de noticiarios holandés; organizaba las veladas de cabaret de los presos.
- Abraham Jacobson, holandés; director de la planta de impresión y oficial del ejército en la reserva; jefe de la sección de fototipia.
- Avraham Krakowski, joven y devoto contable que escribió unas memorias.
- Hans Kurzweil, encuadernador vienés; jefe de la sección de falsificación de documentos.
- Moritz Nachtstern, estereotipista noruego; escribió el primero y más detallado relato de la vida de los presos.
- Salomon Smolianoff, experto falsificador; el único criminal de carrera entre los hombres de Krueger.
- Oskar Stein (alias Skala), hombre de negocios checo; jefe de contabilidad.

BANQUEROS, ENCARGADOS DE BLANQUEAR EL DINERO,
INVESTIGADORES Y BRIBONES VARIOS

- Hans Adler, experto vienés en seguir la pista del dinero negro e identificarlo.
- Elyesa Bazna (alias Cicerón), ayuda de cámara del embajador británico en Turquía; el espía que más se enriqueció durante la guerra trabajando para Alemania.
- William J. *Wild Bill* Donovan, jefe del Departamento de Servicios Estratégicos, la agencia de espionaje estadounidense durante la guerra.
- Ronald Howe, subinspector de Scotland Yard; jefe de relaciones con la policía extranjera y con las organizaciones antifalsificación.
- George McNally, agente del Servicio Secreto de Estados Unidos; investigó si en la Operación Bernhard se habían falsificado dólares.
- Ivan Miassojedoff (alias Eugen Zotow), artista ruso premiado y falsificador; le transmitió sus habilidades a Smolianoff.
- Sir Kenneth Oswald (K.O.) Peppiat, cajero jefe del Banco de Inglaterra; mientras ocupó ese cargo su firma apareció en todas las libras en billetes, auténticos o falsos.
- Friedrich Schwend (alias doctor Wendig), jefe de las operaciones de blanqueo de dinero de los millones falsificados de Bernhard.

PERSONAJES PRINCIPALES

Georg Spitz, encargado de blanquear el dinero de Schwend en Holanda.

Jaac van Harten, encargado de blanquear el dinero de Schwend en Hungría.

David Waley, alto funcionario de la Hacienda Pública Británica, íntimo amigo de John Maynard Keynes.

Ataquen la libra en todo el mundo

Hacía apenas dos semanas que la Segunda Guerra Mundial había comenzado cuando los líderes del espionaje y las finanzas nazis se reunieron en una sala de conferencias recubierta de paneles de madera del Finanzministerium alemán, en el 61 de la Wilhelmstrasse¹. Su arquitectura, al igual que la de los demás imponentes edificios de fachada seudoclásica, era orgullosa e imponente. Casi todas las ventanas que adornaban esa avenida oficial estaban rematadas por un pesado tímpano triangular. Pero el Ministerio de Finanzas se había erigido en la década de 1870 sin ese ornamento clásico, adoptando, por el contrario, el estilo italianizante de un palacio de los Medici. La Wilhelmstrasse, la Avenida Pennsylvania de Berlín, se vanagloriaba del nombre del káiser de la Alemania imperial. El Ministerio de Finanzas quedaba hacia el extremo sur. Un poco más abajo la calle se cruzaba con la Prinz-Albrecht-Strasse, donde se hallaba el enorme edificio con columnas y en forma de L que constituía el cuartel general de la Gestapo.

El plan que había sobre la mesa de conferencias del Ministerio el 18 de septiembre de 1939 era muy simple. ¿Por qué no hacer que el Reichsbank imprimiera millones de billetes falsos de moneda inglesa, lanzarlos sobre las calles y tejados del enemigo, y luego esperar a que la economía británica se fuera a pique? La idea de fabricar moneda del enemigo no era especialmente nueva ni original; planes parecidos también habían pasado por las mesas de nada menos que Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill. Ciento cincuenta años antes los ingleses habían falsificado la moneda de la Revolución Francesa para alimentar la inflación ya creada por las propias prensas de los revolucionarios. Y en el siglo XVIII Federico el Grande, que había forjado el implacable espíritu militar pr-

siano que moldeó el estado alemán, también había falsificado dinero para socavar a sus enemigos. Pero todos esos planes se habían fraguado en una época preindustrial. Ahora dados los inmensos recursos y la brutal eficacia de la máquina de guerra de Hitler, debería ser mucho más fácil imprimir billetes ingleses a gran escala, en mayores cantidades de lo que se había producido nunca.

Se preveía que el complot nazi podía destruir la economía de Gran Bretaña y su imperio, cuyo comercio mundial pasaba por el centro neurálgico de la City de Londres, que enriquecía a la alta burguesía inglesa al tiempo que financiaba sus guerras. Los detalles los expuso² Arthur Nebe, jefe de las SS, la policía criminal. Nebe, hijo de un maestro de escuela y funcionario ambicioso y oportunista³, habitualmente se sumaba a las muchas conspiraciones que se cocían en el núcleo del movimiento nazi. Era miembro del partido incluso antes de que Hitler llegara al poder en 1933, y su principal utilidad era su conocimiento del hampa. Inventivo y siniestro, siempre estaba al servicio de sus superiores. Nebe había ayudado a Hitler a hacerse con el mando supremo de las fuerzas armadas en 1938, al denunciar que la nueva esposa de Werner von Blomberg, el ministro de Guerra, había sido prostituta, obligando al viejo prusiano a dimitir de manera ignominiosa. Nebe era el representante alemán de la Comisión de la Policía Criminal Internacional⁴, creada después de la Primera Guerra Mundial principalmente para perseguir a falsificadores de moneda y traficantes de droga a través de las fronteras de Europa, posteriormente conocida como Interpol por ser ésa su dirección telegráfica. Después de que los nazis entraran en Austria en 1938 trasladaron los cuarteles de la comisión de Viena a Berlín, accediendo a 15 años⁵ de expedientes y pervertiendo su propósito original de perseguir a falsificadores y traficantes de drogas. (Nebe también contribuyó a adaptar la cámara de gas móvil⁶, originalmente utilizada por los nazis para aplicar la eutanasia a enfermos mentales, para el asesinato en masa en el Este de Europa, a fin de no herir la susceptibilidad del jefe de seguridad del Reich, Heinrich Himmler, que afirmaba no soportar ver cómo fusilaban a la gente, aunque fueran judíos).

Nebe propuso movilizar⁷ la larga lista de falsificadores profesionales que constaban en sus fichas policiales. Su inmediato superior era Reinhard Heydrich, un protegido de Himmler, el líder de las mortíferas SS, o Schutzstaffel (Escuadrón de Defensa), que comenzó siendo la milicia armada del Partido Nazi. Heydrich no

rechazó la propuesta de Nebe por escrúpulos legales ni tampoco por obedecer al protocolo policial, sino que excluyó el uso de gente fichada por la policía por temor a que eso desacreditara el control alemán sobre la organización policial internacional, de la que era jefe titular. Su deseo era seguir utilizando la red europea de la Comisión para localizar a antinazis y judíos que habían huido de Alemania. Heydrich también esperaba extender sus tentáculos hasta la Oficina Federal de Investigación (FBI)⁸ a fin de obtener solicitudes de pasaporte estadounidense para posibles falsificaciones. (El FBI mantenía un receloso contacto con la Comisión de la Policía Criminal Internacional, y rompió todo contacto sólo tres días antes del ataque japonés a Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941).

Aunque reacio a utilizar las fichas policiales, Heydrich se mostró entusiasmado desde el principio con el plan de falsificar moneda. Tan astuto como cruel, era un ávido lector de historias de espías⁹. Le gustaba firmar los memorándums con la inicial C¹⁰, al estilo de los *thrillers* de espionaje británicos, de moda en la época de entreguerras. (Era, y de hecho sigue siendo, la letra en clave del jefe del Servicio Secreto inglés.) La vida de Heydrich estaba llena de reuniones misteriosas. Dirigió el Reichssicherheitshauptamt (RSHA), el Departamento de Seguridad Central del Reich. Compiló enormes dossiers sobre alemanes sospechosos de deslealtad o de mantener contactos con liberales, y naturalmente de judíos, cuyo exterminio metódico Heydrich planeó e inicialmente supervisó. Tenía su despacho¹¹ en el mismo edificio de la Gestapo, y su red de inteligencia de las SS con el tiempo rivalizó y finalmente superó el Abwehr, el servicio de espionaje militar tradicional dirigido por el almirante Wilhelm Canaris, que había sido primer oficial en el buque escuela en el que Heydrich navegó siendo cadete de la Marina.

Heydrich era tan fuerte físicamente como tímido y corto de vista era Himmler. Era esquiador, aviador y esgrimista, y triunfaba en cualquier actividad que emprendiera, e incluso tocaba el violín con intensa emoción, como hacía con frau Canaris en las veladas musicales en casa de los Canaris, cuando era un joven oficial. Las tensiones internas de Heydrich las delataba principalmente su voz aguda y metálica, su temperamento bronco, y su frecuentación de los clubs nocturnos berlineses, donde las mujeres preferían a sus asistentes que a ese oficial de mirada de lobo con un apetito sexual prodigioso.

La única objeción seria¹² al plan de falsificar moneda llegó de Walther Funk, homosexual y ex periodista económico¹³, un tipo gordo y bien alimentado, que hacía de ministro económico de Hitler. Funk fue el principal vínculo de los nazis con la industria alemana hasta el final, y el director titular del Reichsbank. Se negó a que se utilizaran los laboratorios berlineses de la imprenta del banco central, advirtiendo que el plan de falsificación era contrario a las leyes internacionales y que sencillamente no funcionaría. Lo apoyaron los consejeros legales¹⁴ del alto mando militar. Funk también exigió que los billetes falsos fueran prohibidos en los territorios conquistados de Alemania. Sabía que los habitantes de esos territorios cambiarían la moneda nazi por lo que considerarían libras auténticas. Lo último que necesitaban mientras agotaban los recursos del Reich era una inyección de libras falsas que inundara su moneda de ocupación, ya sobrevalorada, y que despertaba más recelos que otra cosa.

Joseph Goebbels también consideró¹⁵ la idea grotesca —«*ein grotesken plan*», escribió en su diario—, pero no lo rechazó de plano. Leopold Gutterer, uno de los adjuntos más imaginativos de Goebbels, ya le había planteado un plan parecido. El 6 de septiembre Gutterer sugirió lanzar billetes sobre Inglaterra en cantidades equivalentes al 30 por ciento del papel moneda en circulación. Eso significaría que la Luftwaffe, que casi no daba abasto, tendría que transportar toneladas de papel, pero era la clase de plan descabellado siempre soñado por el Ministerio de Propaganda de Goebbels, el megáfono de las grandes mentiras de Hitler: cuanto más se repiten, más quedan.

Goebbels, un seguidor fanáticamente devoto que había extendido el saludo de «Heil Hitler» entre los miembros del Partido Nazi, fue la única persona con un título universitario superior —era doctor en Filología— que siguió formando parte del séquito más cercano a Hitler durante toda la guerra, y de hecho uno de los pocos que habían ido a la universidad. Confiaba sus recelos a su diario: «Pero ¿y si los ingleses nos hacen lo mismo? Haré que el plan se estudie un poco más». Si Goebbels estuvo representado en la reunión del 18 de septiembre es algo que no se sabe, pero no hay duda de que era consciente de que la aparición de moneda falsa podía dinamitar las finanzas del Reich, cuya situación era ya tan delicada como un castillo de naipes, pues Hitler se había negado a poner en peligro¹⁶ el sólido apoyo de la burguesía aumentando los

impuestos para rearmar Alemania hasta el día después de que comenzara la guerra.

A pesar de todo el secreto que rodeó la operación el plan de falsificar moneda pronto llegó a oídos de Londres. La reunión de Berlín fue ampliamente resumida en una carta de Michael Palairet, jefe de la legación británica¹⁷ en Atenas y el prototipo del aristócrata inglés que representa a su clase y a su país. (Su hija se había casado con un miembro de la familia de Herbert Asquith, primer ministro inglés durante la Primera Guerra Mundial, y a quien se le había concedido un título nobiliario). La carta de Palairet a Londres llevaba el membrete de «Muy confidencial» y estaba fechada el 21 de noviembre —poco más de dos meses después de la reunión del 18 de septiembre—, y contenía material del cuaderno de notas de un emigrado ruso llamado Paul Chourapine. No se explicaba exactamente cómo la información llegó a manos de Chourapine, ni tampoco nombraba su fuente. En octubre la policía lo había expulsado de Grecia y lo había deportado a Francia, donde ya no se le pudo interrogar. Pero su informe era asombroso tanto por su detalle como por el nivel de sutileza política y financiera.

Durante una reunión de expertos en asuntos monetarios, celebrada el 18 de septiembre de ese año en el Ministerio de Finanzas alemán, se debatió el siguiente plan: «Ofensiva contra la libra esterlina y destrucción de su posición como divisa mundial».

Este plan, que fue unánimemente aprobado, contempla, en primer lugar, la necesidad de una meticulosa preparación y una ejecución perfecta de la tarea que ha de permitir que se alcancen los objetivos propuestos en todos los países del Oriente Próximo, así como el norte de África, las colonias Británicas y Suramérica.

Se decidió que se imprimirían en las prensas del Reichsbank 30.000 millones de billetes falsos de 1 libra y 2.000 millones de otros billetes. El traslado de estos billetes falsos se haría a través de valijas diplomáticas del Ministerio de la Marina.

Los representantes consulares de Alemania en los países mencionados se encargarían de distribuir tan original mercancía de la manera más prudente. Han recibido instruccio-

nes de intentar obtener al principio el máximo beneficio posible, hasta que reciban órdenes de distribuir los billetes a un precio ridículo, e incluso de manera gratuita: el principal objeto es inundar los mercados monetarios con una enorme cantidad de billetes falsos.

El plan contempla el momento en que esos billetes falsos, a pesar de su perfecta apariencia, sean descubiertos. En este momento se llevará a cabo el golpe definitivo que ya está siendo preparado, y que se ejecutará en las oficinas de cambio de moneda más importantes del mundo, las de Nueva York, Ámsterdam, La Haya, Lisboa, Roma, Nápoles, etcétera, y que ha de conducir al derrumbe de la libra esterlina o a su seria depreciación. Para que este golpe tenga éxito, el Ministerio de Propaganda tiene que empezar a acusar al Banco de Inglaterra de haber puesto él mismo en circulación la moneda falsa con el objeto de asegurarse el apoyo de los *pays états* [naciones-estado] y de ocultarle al mundo su propia bancarrota.

La Marina y la Fuerza Aérea del Reich se encargará de llevar a cabo algunas hazañas importantes, y si es posible espectaculares, que coincidirían con la ejecución del golpe que acabamos de mencionar.

Una vez destruida la confianza en la moneda británica, el marco alemán podrá invadir el mercado mundial.

Este documento es la única descripción contemporánea conocida del plan original de los alemanes. Aunque fue modificado por exigencias de la guerra —¿y qué plan bélico no lo es?—, Chourapine había captado lo esencial.

Los diplomáticos británicos compartieron el memorándum de Atenas con los americanos en febrero de 1940. Herschel Johnson, el veterano y respetadísimo diplomático de carrera¹⁸ de la embajada americana en Londres, rápidamente pasó un resumen a Washington, donde el Departamento de Estado entonces advirtió al Tesoro. Washington lo observó con aprensión, temiendo que el dólar se convirtiera en la ficha de un juego del que muchos estadounidenses tenían la esperanza de mantenerse al margen, considerando que se trataba de una guerra europea y que los nazis eran un problema europeo.

Los consejeros del Banco de Inglaterra, anacrónicamente conocido como «la Corte», fueron alertados enseguida, junto con sir

Montagu Norman, el gobernador del Banco. Norman dirigía la institución con mano de hierro, y el círculo de confianza del Banco fue tan discreto con esa información que durante muchos años el personal ignoró que la carta de Palairret había sido su fuente principal de información. De hecho, creían que les había llegado a través de un turbio personaje que se relacionaba con la embajada inglesa de París. Este tipo de ofuscación caracterizó¹⁹ el comportamiento pagado de sí mismo y pusilánime del Banco a partir de entonces. Y durante años el Banco de Inglaterra ni pudo ni, hasta hace muy poco, estuvo dispuesto a relatar toda la historia porque sus funcionarios insistían en que muchos de sus archivos habían sido trasladados a los Servicios Secretos ingleses²⁰ o destruidos. Después de la guerra los funcionarios del Banco llegaron incluso a destruir algunos de sus archivos²¹.

Considerado tan sólo como un plan de espionaje, el complot es uno de los más benignos de los abundantes y nefandos proyectos de los nazis, endémicos a un régimen gangsteril. Pero la historia toca una fibra más sensible, y todavía suscita preguntas casi cada mes al Banco de Inglaterra, un perverso tributo a la permanente fascinación con el totalitarismo nazi, que incluso hoy estimula las más sombrías fantasías de poder absoluto y riqueza robada. Los expertos aliados posteriormente lo describieron como «el plan de falsificación de mayor éxito de todos los tiempos»²², y los estrategas aliados del más alto nivel también comprendieron su propia vulnerabilidad: que ellos atacaran la moneda de un régimen totalitario podía no tener éxito. Pero para los nazis, la trama resultó eficaz, pues les permitió amasar botín y financiar operaciones de utilidad militar marginal pero de enorme valor propagandístico. Su mejor espía acabó trabajando en el cine, aun cuando Berlín hizo caso omiso de la información que les envió. Su comando más audaz ganó un lugar en los libros de historia, en los que él apenas merece una mención. Por estrafalario que fuera, el plan funcionó, aunque no tal como pretendían. A medida que seguía su curso, demostró con qué facilidad la naturaleza caótica de las finanzas totalitarias podía degenerar en una venal autodestrucción. Los ingleses quedaron abochornados durante medio siglo, pero ganaron la guerra. La lección fundamental se aplica hoy en día, y de hecho cada vez que surgen nuevos tipos de guerra. Cuando un país decide emprender una guerra, incluso los planes más imaginativos para dirigirla y financiarla pueden des-

controlarse si no se someten al cuestionamiento crítico esencial a la democracia.

A principios de la década de 1920 se forjó una subcultura criminal de falsificadores a medida que las monedas de oro daban paso a los billetes impresos. En la época de entreguerras²³, la moneda falsa circulaba por las calles, las tiendas y las trastiendas de Europa. Algunos de los más famosos falsificadores eran artistas fracasados, como Hitler.

Pero en algunos países los billetes falsos no eran tan peligrosos como la amenaza que representaban los verdaderos. Todos los alemanes habían sufrido el daño causado por los miles de millones de billetes salidos a borbotones de las prensas bajo las órdenes de la democrática República de Weimar. Determinar la causa primera de la hiperinflación histórica de 1923 es algo más que un debate teórico de interés sólo para economistas y sus ideólogos afines. ¿Se trató de una medida deliberada para abaratar la moneda alemana a fin de promover las exportaciones que pagaban las punitivas deudas de guerra alemanas? ¿Se concibió para salvar los empleos de los trabajadores? ¿O para enriquecer las grandes corporaciones y los propietarios cancelando sus deudas? Quizá un poco de todo. La moneda también se había desplomado en los nuevos estados de Austria, Hungría y Polonia tras la desaparición del Imperio Austro-Húngaro en la Primera Guerra Mundial. Durante el pánico que siguió, la moneda estable —aun cuando fuera falsa— estaba sometida a una frenética demanda. En las ciudades portuarias, los marineros que salían de los barcos eran asaltados²⁴ con ofertas para comprar su moneda extranjera. A cada minuto que pasaba el papel moneda aumentaba o disminuía drásticamente, dependiendo de violentas fluctuaciones monetarias que socavaban la sociedad y la confianza en la autoridad.

En los años de entreguerras el dinero, por tanto, rara vez se consideraba un patrón fiable de riqueza, como había sido durante el ascenso de la burguesía en los 100 años de paz que se hicieron añicos en 1914. A partir de entonces ningún país dio un paso al frente para ejercer de lo que los economistas llaman poder hegemónico, de director de la orquesta internacional, proporcionando seguridad física y financiera. Gran Bretaña desempeñó ese papel durante la época victoriana con su libra esterlina y la Marina Real, tal como harían los norteamericanos durante la Guerra Fría con el todopoderoso dólar y la bomba atómica. Pero en el periodo de en-

reguerras, el dinero se convirtió en un arma. El comercio podía manipularse subiendo los aranceles y devaluando la moneda a favor de los productos locales, con lo que las demás naciones perdían empleos y beneficios. Todo el mundo acusaba a todo el mundo, generalmente de manera justificada, de seguir la política conocida como «empobrecer al vecino».

Los alemanes fueron los primeros en desobedecer las antiguas reglas con una devaluación competitiva que habría sido imposible bajo el patrón oro anterior a la guerra. Los siguieron los franceses, que permitieron que su moneda se abaratara frente al dólar en la década de 1920 (atrayendo, por cierto, a los derrochadores de la era del jazz a Francia y el oro a los colchones de los franceses). Estados Unidos e Inglaterra también se enzarzaron en una batalla de ingenio, intentando abaratar o reforzar su moneda a expensas de la del otro. Todo hacía vaticinar un triunfo estadounidense, que disponía de una montaña de oro conseguida durante la guerra gracias a la venta de materias primas y armas a Europa, que había pedido dinero prestado a Wall Street para pagar los gastos bélicos.

No obstante, los ingleses buscaban una libra más fuerte que sirviera de columna vertebral a su imperio. En 1925 regresaron al patrón oro²⁵, restableciendo el valor en dólares de la libra a 4,86 dólares a fin de que Londres siguiera siendo un centro financiero con una moneda fiable que, al menos en teoría, pudiera intercambiarse por oro. Como resultado, los trabajadores ingleses sufrían, mientras que los franceses y americanos prosperaban. En 1931, al inicio de la Gran Depresión, la libra finalmente abandonó el oro y se hundió a 4,05 dólares. Incluso a ese valor, los bienes ingleses eran demasiado caros. Y una libra fuerte, fácil de cambiar con las demás monedas, la habría convertido en objetivo de los falsificadores. ¿Por qué molestarse en fabricar marcos, francos, e incluso dólares, cuando su valor era tan incierto? Los escolares ingleses, retorciendo la mnemotécnica familiar de volúmenes y pesos, salmodiaban la rima casi mitológica: «La libra es la libra y el mundo en torno a ella gira» (*The pound's a pound, the world around*). Y para los delincuentes, la estabilidad de la libra era un imán.

La Alemania de Hitler, falta de oro y de moneda extranjera antes incluso de que él tomara el poder en 1933, manejó astutamente el comercio bajo un genio financiero que llevaba el curioso nombre de Hjalmar Horace Greeley Schacht. (Abandonó sus dos nombres americanos; a lo mejor sus padres habían estado in-

fluidos por el comentario profético de Goethe: «Amerika, du hast es besser»). La solución de Schacht no fue la del libre mercado. Entre 1934 y 1938, Alemania había firmado tratados bilaterales con 72 países, asociándose a sus socios comerciales tradicionales en los Balcanes, el sureste de Europa y Latinoamérica. Esencialmente intercambiaba las materias primas de todos estos países por los bienes industriales que Alemania deseaba enviarles. Con todo el comercio extranjero controlado por el Reich, y la moneda alemana mantenida al cambio artificialmente fuerte de 40 centavos americanos por marco mediante controles en todas las transacciones extranjeras, Alemania consiguió pagar menos por las materias primas importadas para rearmarse. A cambio, enviaba productos como películas Agfa y aspirinas Bayer, que apenas resultaban esenciales para las recién nacidas divisiones Panzer de Hitler. Los beneficios se acumulaban en el Reichsbank y se prestaban a empresas alemanas, los precios y los salarios estaban controlados, y en 1937 regresó el pleno empleo. En cuanto Schacht, un hombre atildado que parecía un director de escuela, hubo hecho su trabajo, fue despedido a favor de Funk, más manejable.

Hitler pronto comprendió que la construcción de autopistas y los subsidios financieros a la industria no eran suficientes para mantener Alemania en funcionamiento. El Moloch de la guerra moderna posee un insaciable apetito por las materias primas. Aunque la industria alemana era técnicamente la más avanzada del mundo, su capacidad era más pequeña que la del vasto imperio de Inglaterra, que proporcionaba a ésta comida barata y mercados cautivos. El 5 de noviembre de 1937, Hitler convocó a sus jefes militares²⁶ a un cónclave secreto y les dijo que iban a ser el instrumento para expandir el *Lebensraum* (espacio vital) de Alemania. Había demasiados alemanes y el territorio era demasiado pequeño para poder alimentarse, y Alemania, una taller de Europa con pocos recursos naturales, no podía vivir del comercio internacional durante una depresión global. Debían elegir entre participar en el sistema capitalista liberal (y eso había sido un fracaso) o conquistar otros países que les suministraran comida, materias primas y oro. Hitler ya se había burlado de los ganadores de la Primera Guerra Mundial invadiendo la ocupada Renania en 1936. A continuación intimidó a los franceses y los ingleses para que le cedieran Checoslovaquia en 1938 a cambio de una falsa promesa de paz, y el mismo año envió sus tropas de élite a Viena para que millones de austria-

cos vitorearan su propia conquista como si fuera una liberación. Estos repentinos golpes tuvieron lugar en fin de semana, por lo que Hitler pilló a los apaciguadores líderes amodorrados, echándose la siesta en sus residencias campestres.

Cuando Inglaterra y Francia declararon la guerra en septiembre de 1939 para apoyar la independencia de Polonia, se comenta que un sorprendido Hitler exclamó ante su círculo de confianza: «¿Y ahora qué?»²⁷. Pero, utilizando su pionera táctica del *blitzkrieg* —literalmente, «guerra relámpago»—, los alemanes ocuparon rápidamente las ricas tierras de labranza polacas, a continuación invadieron Noruega para asegurarse el paso del mineral de hierro sueco a través del puerto septentrional de Narvik. Invadida y desbordada, Dinamarca le entregó a Hitler el control del mar Báltico. Mediante las mismas veloces maniobras se hizo con las riquezas comerciales y coloniales de los Países Bajos. A continuación la corrupta Tercera República Francesa cayó en sus manos como una fruta madura, después de lo cual Hitler supuso que Londres haría un llamamiento de paz y le dejaría el continente. Entusiasmados con estas conquistas, Hitler y sus seguidores no previeron cinco años y medio de guerra total. Todo lo contrario. La estrategia militar alemana se basaba en aislar y matar de hambre a Inglaterra hasta convertirla en un vasallo del Reich de Mil Años, si era posible mediante una negociación, pero por la fuerza si se hacía necesario. Pero los ingleses se negaron a cooperar. De manera que otro domingo de verano, en junio de 1941, a Hitler por fin se le fue la mano y atacó a su desprevenido aliado, la Unión Soviética.

Los aliados calcularon que a Hitler se le acabaría el crédito para llevar a cabo sus ataques relámpago y que la situación se estancaría en otra guerra de trincheras en el frente occidental. Fue un terrible error de cálculo. La mayor parte de la financiación bélica de Alemania se obtuvo de los territorios conquistados: Bélgica, Holanda y Francia enviaron millones en «gastos de ocupación» diarios. Aproximadamente 3.000 millones de dólares más procedían de los judíos alemanes²⁸, desprovistos de sus riquezas cuando huían o eran expulsados en la Alemania nazi de la década de 1930. Contrariamente a muchos judíos de Estados Unidos e Inglaterra, que se hicieron ricos en las finanzas, los judíos alemanes eran importantes industriales. Los científicos judíos habían estado al frente de la tardía industrialización alemana. Emil Rathenau, por ejemplo, fundó AEG, la gigantesca empresa de servicio público que llevó

la electricidad a Berlín en 1887. (Su hijo Walther organizó y dirigió las compras al extranjero de materias primas durante la Primera Guerra Mundial, fue ministro de Exteriores liberal en la República de Weimar y acabó asesinado por nacionalistas fanáticos en 1922). A lo mejor otros 6.000 millones se obtuvieron de los judíos de las naciones conquistadas. Miles de millones más, naturalmente, se consiguieron gracias a la explotación laboral y al descarado saqueo de la riqueza, sobre todo las reservas de oro, en los bancos centrales de las naciones conquistadas. La falsificación de moneda no sería sino otra táctica financiera más.

Para los nazis, era algo totalmente típico de ellos intentar socavar las finanzas británicas al tiempo que esperaban convencer a Londres de que se les uniera en algún tipo de asociación política (en la práctica los ingleses habrían hecho de caballo y los alemanes de jinete). Hitler había creído que Londres se prestaría a un acuerdo. ¿Acaso muchos torios de alta alcurnia no esperaban que Hitler se volviera hacia el este, atacara a los bolcheviques, los derrotara, y que luego, como el propio Hitler esperaba, los dos poderes arios más importantes de Europa dominaran a las razas inferiores? Para él los ingleses eran aliados lógicos, y hasta 1937 Hitler incluso prohibió que el espionaje alemán²⁹ operara dentro de Inglaterra.

Los alemanes, al igual que muchos ingleses, e incluso influyentes americanos como Joseph P. Kennedy, el embajador estadounidense en Londres y padre del futuro presidente, no se imaginaban la histórica resistencia que inspiraría Winston Churchill cuando llegó a primer ministro. Al igual que muchos ingleses de su clase social, Churchill comprendía perfectamente el significado político de la libra. Cuando era ministro de Hacienda, en 1926, Churchill había estado dispuesto a provocar una huelga general para restablecer su valor, y en público arguyó a favor de una libra fuerte «que todo el mundo conozca y en la que puedan confiar»³⁰. Debilitar la libra era, por tanto, una seria estratagema para los dirigentes nazis que se reunieron en el Ministerio de Finanzas aquel 18 de septiembre de 1939. Después de todo lo que habían emprendido, y con tan increíble éxito, ahora decidían dar el golpe definitivo.